

ct

Concertinas

de
Julio Fernández Peláez

(fragmento)

- .- Pásame el licor de avellana. Estoy deseosa por pillar un ciego.
- .- Sería bueno que nos sacáramos los ojos por tener un título universitario a distancia.
- .- He terminado mi libro, por fin.
- .- ¿Qué? ¿Ya?
- .- Llevabas terminándolo años.
- .- He escrito la última palabra.
- .- Fin.
- .- Esperanza.
- .- Idiota.
- .- Con ese final, no necesitarás ningún título.
- .- Podrías publicarlo.
- .- ¿Sin título?
- .- Es muy caro publicar. He preguntado y por cien ejemplares cobran una [...]
- .- ¿Una?
- .- Una burrada [...] Se creen que soy como la mayoría de poetas y [...]
- .- ¡Escuchad! Hace días que no lo vemos entrar ni salir.
- .- [...] presidentes, que buscan blanquear sus sentimientos publicando rimas.
- .- Hace días que está sentado en su butaca, ¿cómo va a [...]
- .- ¿Pero es, o no es un muñeco?
- .- Tarde o temprano vendrán a por él, y él lo sabe. Por eso espera, y espera [...]
- .- No está dentro. Ha contratado a unas furcias para que se paseen por la casa. Pero él hace tiempo que se ha largado. Sabía que lo denunciaríamos. Ahora mismo, estará en Laponia, divirtiéndose con Papá Noël.

- La estrategia de la simulación está tan extendida que va a ser difícil determinar cuándo alguien se encuentra en casa, vivo o muerto.
- No son furcias. Son simples mujeres náufragas.
- El género es el mismo.
- Esa posibilidad ya está desechada.
- Náufragas de categoría N.
- No hay nada que no sea susceptible de ser negado.
- Sangre fresca para la fábrica de zapatos.
- No escucháis. Nunca escucháis. Os he dicho que el otro día me crucé con él y [...]
- Es él la única persona que está ahí arriba. Se ha puesto esos zapatos en las manos para que creamos que está activo. Se pasea con los zapatos simulando andares femeninos, para que digamos: ¡Mira el cabrón de nuestro vecino cuántas mujeres maneja!
- ¿Y te saludó?
- Iba con prisa. Tenía el pelo teñido. Estaba mucho más alto que de costumbre y llevaba gafas oscuras.
- ¡Qué raro!
- Está nervioso. Podríamos quitarle la ropa del tendedero con la escoba. Sólo para ver cómo [...]
- ¿Qué dijiste? ¿Dijiste algo?
- Me has metido una aceituna por el oído. ¿Puedes dejar de jugar con la comida? La comida no sobra. Con seis aceitunas al día vive una persona. En Etiopía [...]
- ¿Es que no hay otro lugar en el mundo que sirva de ejemplo para el hambre? Aquí mismo, en esta isla hay gente que espera una oportunidad para poder llevarse a la boca [...]
- ¿Y tú [...]
- Yo no he dicho nada. Llevo callada un buen rato. Acaricio al gatito. Eso es todo.
- Podríamos quitarle la ropa del tendedero con la escoba. Sólo para ver cómo [...]
- ¿Está dormido?
- Acaba de dar un zarpazo.

.- [...] reacciona.

.- De hecho, este inocente animal no para de dar zarpazos.

.- Yo creía que habíamos acordado que el gato era de peluche o que estaba disecado con las pilas secas.

.- Tú ten cuidado con imaginar tanto.

.- M llegará borracho, como siempre. Y se pondrá a dar gritos por cualquier motivo.

.- ¡M no vendrá! Lo sabes muy bien.

.- Dirá que no follamos todo lo que tendríamos que [...]

.- Has fumado. Échame el aliento.

.- Sí, échanos el aliento.

.- [...] follar.

.- ¿De qué hablas?

.- Has fumado [...]

.- No me hagas reír.

.- [...] marihuana.

.- ¿Esa pistola no será de las que monta el vecino para ganarse la vida?

.- Me pregunto por qué no entra el ejército de A en la isla, de una jodida vez. Tienen tanques de sobra. En otros países los tanques poseen una utilidad práctica. No les cuesta nada, solo bombardear primero y luego invadir [...]

.- No, lo de invadir ya no se lleva.

.- ¿Pero entonces cómo piensan [...]

.- No piensan.

.- Siempre que hay una revolución, A se pone en pie de guerra para aplastar a las minorías que alzan la voz por encima de la mayoría.

.- Pues está tardando.

.- Aún no ha habido ninguna revolución.

.- Se podría montar una.

.- Se podría.

.- ¿Y cuando la mayoría es la voz?

.- Se la reduce.

.- Lo oigo.

.- ¿Qué?

.- El río [...]

.- ¿Qué?

.- Hay un río que siempre está seco, desde que dejara de llover [...]

.- ¿Cuándo dejó [...]

.- [...] pero en su lecho, un río de piedras. [...] Piedras en calma y redondas que ya no recuerdan. [...] Sé, con toda seguridad, que llegará el día en que las piedras se muevan, no porque llueva, no porque el agua vuelva a ser cauce, sino porque ellas, las piedras, así lo sientan.

.- Deberíamos seguir comiendo.